

# SERMÓN

SOBRE EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, PREDICADO EN LA IGLESIA  
DE SAN LORENZO DE MÉXICO EL DÍA 30 DE SETIEMBRE  
DE 1877, ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA  
COMPAÑÍA DE HIJOS É HIJAS DEL MISMO  
SAGRADO CORAZÓN.



*Concaluit cor meum intra me.*

Mi corazón se inflamó dentro de mí.

Ps. xxxviii, v. 4.

**U**NA es la doctrina de la Iglesia; uno el fundamento de su culto. Lo que Jesucristo nos enseñó, cuando vivió entre nosotros en carne mortal; lo que los Profetas dejaron consignado en sus divinos libros; lo que los Evangelistas después escribieron, y los Apóstoles predicaron, es lo que ahora enseña y practica, como lo hará hasta el fin de los siglos, la celosa Guardadora del Depósito de la Fé. La creencia en un solo Dios, trino en personas; la Encarnación del Divino Verbo; el sacrificio de la Cruz, perpetuado de una

manera incruenta en la Augustísima Eucaristía; hé aquí en qué estriban las diversas prácticas del culto cristiano, la liturgia que la Iglesia prescribe, las devociones que manda ó permite.

Pero del mismo modo que la Doctrina, aunque no cambia, ni disminuye, ni crece, presenta, sin embargo, diversas fases,<sup>1</sup> según los errores que predominan, y conforme lo exigen los tiempos, siempre mudables, y las circunstancias tan varias de los fieles; así como algunos puntos del dogma, unas veces son predicados con cierta flojedad, y otras veces con mayor insistencia; así como muchas verdades, al principio proclamadas de viva voz, después se han escrito y definido; de igual manera, las prácticas del culto, las ceremonias, las devociones especiales, sin cambiar jamás en lo esencial, ni desviarse un ápice de lo prescrito por Nuestro Redentor, se adaptan á las diversas exigencias de los tiempos y los lugares, á las necesidades de los fieles, á la mayor ó menor libertad en que se deja á la Iglesia sacrosanta.

La Divinidad de Jesucristo es la base del cristianismo: ¿quién creará que no la enseñaron los Apóstoles, que no la predicaron con todo ahinco desde el principio? Pero no se explicó con toda su lucidez, ni se definieron los términos, las frases, las sentencias con toda precisión, hasta que los errores de Arrio, de Nestorio y de Eutiques hicieron necesaria la convocación de varios concilios y la publicación de diversos libros eruditísimos.<sup>2</sup> Todos habían confesado á María siempre Virgen; pero apenas

<sup>1</sup> S. Vincent. Lirin. Commonitor. C. 23. S. Augustinus, De Civitate Dei, lib. 16, cap. II.

<sup>2</sup> Cf. S. Aug. Enarr. in Ps. 51.

hubo un impío que pretendiera arrancar esta joya á su corona, cuando con mayor empeño lo afirmó la Iglesia Docente, y los fieles se consagraron á reverenciarla y adorarla más que nunca. Desde la vez primera que Jesucristo en la Última Cena dió su propio Cuerpo y su propia Sangre en alimento y bebida, los Apóstoles tributaron al Sacramento de Amor el culto supremo que exigía tan augusto misterio; pero más creció su esplendor y más aumentaron las solemnes demostraciones de nuestra fé en la presencia real del Verbo Encarnado en la Eucaristía, cuando, no há muchos siglos, la herejía levantó su estandarte contra este dogma consolador.

La santa Humanidad de Jesús unida hipostáticamente al Verbo Divino, fué, como era indispensable, objeto de la adoración especial, aun de los primeros discípulos del Salvador del mundo; pero observad las diversas formas que tomó este culto, aun antes que el Señor ascendiera á su reino celeste. Los Magos se postran reverentes ante el Niño recién nacido en la gruta de Belén, y le ofrecen oro precioso, mirra escogida y aromático incienso. La mujer enferma se contenta con tocar la fimbria de su vestidura; y el publicano Zaquéo lo adora desde la copa de un árbol. Magdalena se postra á sus piés y los cubre con ósculos de purísimo amor; Juan reclina su cabeza sobre el pecho palpitante del Maestro; y Verónica enjuga el rostro lacerado del perseguido Redentor. José y Nicodemus tributan los honores fúnebres al cuerpo, inanimado, sí, pero siempre unido á la Divinidad, y lo ungen con suavísimos aromas; y después de resucitado, Tomás, apenas lo reconoce, lo aclama postrado su Dios y Señor.

La Iglesia, ya constituida, tributó desde luego su adoración á la Humanidad de Jesucristo, como nos lo revelan los Santos Padres y monumentos eclesiásticos más remotos; pero la forma del culto ha variado continuamente, dirigiéndose unas veces á la misma Humanidad considerada en su conjunto, y otras á alguno de los sacratísimos miembros que la componen. No hace muchos siglos que se estableció la fiesta llamada por excelencia del *Cuerpo de Cristo*; y de fecha comparativamente reciente es la devoción á las manos de Jesús y los piés santísimos perforados por los clavos; al costado que atravesó la lanza y de donde manaron (según la expresión de los Santos Padres) los sacramentos salvadores; fiesta conocida con el nombre de las *Cinco Llagas*.

Faltaban pocos años para espirar el siglo XVII, cuando por revelación de Jesucristo mismo, hecha como acostumbra, á uno de los pequeñuelos del siglo,<sup>1</sup> empezó á adorarse con particular devoción el Corazón amantísimo de nuestro Redentor. En medio de contradicciones, como acaece siempre á cuanto viene de lo alto, creció este culto, antiguo en el fondo, pero nuevo en la forma, y no há muchos meses que el mundo entero y en particular nuestra patria, eran consagrados, por orden del Supremo Jerarca, al Corazón divino de Jesús. Obedientes á las soberanas órdenes del infalible Pontífice, aumentasteis vuestra devoción hacia ese foco sacrosanto de amor ardentísimo, os reunisteis en piadosas congregaciones á su servicio especial dedicadas, y fruto de vuestro afán por calentaros á ese fuego celeste, es la presen-

<sup>1</sup> La Bienaventurada Margarita María Alacoque, monja desconocida entonces, en el monasterio de Paray-le-Monial, en Francia.

te festividad á que os habéis dignado invitarme. ¡Con qué placer he acudido á vuestro llamamiento! ¡Con cuánto júbilo he venido á encenderme yo también en esa lumbré vivísima que inflama el Corazón de nuestro Padre, de nuestro Redentor, de nuestro dulce Jesús! Bien comprendéis, Hijos míos, que siendo tan alto el fin que nos proponemos, y habiendo sido esta devoción especial desconocida á nuestros mayores, importa mucho fijarnos en el objeto de este culto tan grato, saber qué adoramos, á qué nos dirigimos, al invocar y consagrarnos al Corazón ardiente de Jesús. Éste será el primer punto de mi discurso. Conocer las circunstancias que han movido á la Iglesia á extender la nueva devoción y á propagarla con tanto ahinco; penetrarnos bien de nuestro deber en tal materia; trazar los rasgos característicos de esta devoción, tal como se ha establecido recientemente, é investigar lo que ha de distinguir al adorador del Corazón de Jesús de los demás fieles, por devotos y piadosos que sean; hé aquí el tema del segundo punto.

El corazón inmaculado de la Virgen Madre, único que la Iglesia nos permite adorar junto al de Jesús; que latió tantas veces unido al Corazón del Verbo humanado; que triunfante de la muerte y del sepulcro, palpita actualmente en el cielo, de amor hacia los hombres, de amor hacia su Hijo Divino, de amor hacia la Trinidad sacrosanta, nos sirva de intermediario para con el Corazón de nuestro Redentor, y los destellos que de él emanan, purifiquen mis labios, cual los de Isaías.

Invocadla, Hijos míos, invocadla conmigo.

AVE MARÍA.

## I

La nave de la Iglesia está destinada á bogar continuamente por un mar borrascoso. Jamás el viento soplará favorable á su popa; jamás las ondas se aplacarán bajo su quilla. No sólo se ve acometida por huracanes decididamente contrarios, que detengan su curso; sino que muchas veces aun las brisas que parecen bonancibles, la agitan de un lado á otro con indecible furor. Apenas, á la voz del infalible Piloto que Jesucristo mismo ha colocado junto al timón, izamos las velas de modo que el viento de costado no desvíe nuestro rumbo, cuando del lado opuesto llega otro sopló más fuerte, que destruye el fruto de nuestras fatigas y nos obliga á trabajar con mayor empeño, y en sentido contrario á las maniobras que acabamos de ejecutar.

El misterio de la Encarnación, quizá más que ningún otro dogma, nos suministra un ejemplo patente de ese continuo navegar entre dos aguas y entre dos vientos, de esa incesante lucha con errores opuestos entre sí, al par que contrarios á la verdad, con exageraciones y herejías que nos agitan en sentidos opuestos, sin que podamos si no es á fuerza de una vigilancia á toda prueba, y de

un trabajo ímprobo y sin tregua, seguir el rumbo que nos ha marcado el celestial Timonel.

¿Para qué fatigaros con citas históricas ni discusiones teológicas? Bien recordáis que Nestorio enseñó y sostuvo con herética pertinacia, que en Cristo había dos personas unidas entre sí tan sólo moralmente. Lo condenan Concilios y Pontífices, y salta contra él á la palestra el arquimandrita Eutiques; pero tal es el furor de éste contra la herejía Nestoriana, que cae en un error diametralmente opuesto á aquella, y predicando, no sólo una persona, sino una naturaleza únicamente en el Verbo Encarnado, incurre él á su vez en el anatema de la Iglesia. Llegan algunos declarando el cuerpo de Jesús fantástico, y á guisa de sombra; salen otros pregonando que no sólo el Hijo de Dios Vivo, sino aun el Padre Eterno padeció por nosotros.

El culto al Sagrado Corazón de Jesús, íntimamente unido al misterio de la Encarnación, no podía menos que padecer vicisitudes muy semejantes. Apenas trata de establecerse, cuando encuentra grandes opositores. Quién acusa á los que lo practican de una especie de crueldad, cual si separaran el Cuerpo de Cristo de su entraña más noble, para tributar á ésta una adoración indebida; quién, por el contrario, declara que es un culto meramente simbólico; quién llega á negar que deba venerarse con culto supremo la Humanidad santísima de Jesús. A despecho de todos, la Cátedra infalible de Pedro aprueba primero, establece, ordena y extiende el culto al Sagrado Corazón del Redentor, y los fieles lo aceptan con júbilo y lo practican con alegría; pero no falta, aun entre ellos mismos, quien dé señales de ir más allá de lo justo, y